cados en sombra sobre el cielo azul de la mañana, que parecían estar mirando aquella escena.

Paróse Enrique Cousin con su carga al pie de la fatal escalera, y respirando apenas, tal era su agitación, ciñó la cuerda en torno del divino cuello de la Esmeralda. Sintió la pobre niña el horrible contacto del cáñamo, alzó los párpados, y vió extendido sobre su cabeza el descarnado brazo del cadalso de piedra. Dió entonces una violenta sacudida, y gritó en alta y desgarradora voz: No! no! no quiero! La madre, cuya cabeza desaparecía entre los vestidos de su hija, no dijo una sola palabra; pero se vió palpitar todo su cuerpo, y multiplicar los besos que la daba. Aprovechó el verdugo aquel momento para desasir de un empellón el brazo con que apretaba á la víctima, y sea por desfallecimiento, sea por desesperación, soltó la madre á la Esmeralda. Cogió entonces el verdugo á la niña sobre su hombro, de donde caía la angelical criatura doblegada como una cinta junto á la ancha cabeza del sayón, y puso un pie en la escalera para subir.

En aquel momento, la reclusa, que estaba acurrucada sobre las piedras, abrió enteramente los ojos sin lanzar un grito, púsose en pie con una expresión terrible, y luego, como una fiera sobre su presa, arrojóse sobre la mano del verdugo y le mordió. Fué aquello un relámpago; el sayón lanzó un bramido de dolor. Acudieron todos, y no sin gran dificultad sacaron su mano ensangrentada de entre los dientes de la madre, que guardaba el más profundo silencio. Diéronla un brutal empellón, y su cabeza cayó con terrible violencia sobre las piedras: cuando quisieron levantarla, de nuevo se dejó caer.—Estaba muerta.

Entoces el verdugo, que no había soltado á la gitana, empezó á subir al cadalso,

II

La creatura bella bianco vestita

DANTE

Cuando Quasimodo vió que la celda estaba vacía, que ya no estaba allí la gitana, que mientras la estaba defendiendo se la habían arrebatado, mesóse los cabellos á dos manos y pateó de sorpresa y de dolor; luego echó á correr por toda la iglesia buscando á su gitana, aullando gritos extraños en todos los rincones, sembrando sus cabellos rojos por todo el pavimento. En aquel instante acababan los arqueros del rey de entrar victoriosos en Nuestra Señora buscando también á la gitana. Ayudóles á ello Quasimodo, sin sospechar siquiera sus fatales intenciones; el pobre sordo creía que los enemigos de la gitana eran los hampones. El mismo llevó á Tristán á todos los escondrijos posibles, le abrió todas las puertas secretas, el trascoro, la sacristía, si la infeliz hubiera estado aun allí, él la hubiera entregado á sus enemigos. Cuando el cansancio de no hallarla aburrió á Tristán, que no se aburría con facilidad, continuó Quasimodo buscándola sólo. Veinte, cien veces dió vuelta á toda la iglesia, en todas direcciones, de arriba abajo, subiendo, bajando, corriendo, llamando, gritando, pescudando, revolviendo, registrando, metiendo la cabeza en todos los agujeros, introduciendo un hacha encendida en todas las bóvedas, desesperado, loco: un tigre que ha perdido á su hembra no está más rugiente ni más furioso. En fin, cuando se convenció bien de que ya no estaba allí, de que ya no había remedio, de que se la habían quitado, volvió á subir lentamente la

escalera de las torres, aquella escalera que con tanto entusiasmo y triunfo subió el día en que la libertó de la muerte. Volvió á pasar por los mismos sitios con la cabeza baja, sin voz, sin lágrimas, casi sin aliento; de nuevo estaba desierta la iglesia y sepultada en su profundo silencio; los arqueros la habían abandonado para perseguir á la hechicera por la ciudad. Quasimodo, solo ya en la inmensa catedral, tan sitiada y tumultuosa poco antes, volvió á tomar el camino de la celda donde durante tantas semanas había dormido la gitana bajo su salvaguardia. Al acercarse á ella, imagináse que tal vez la hallaría allí. Cuando al revolver la galería que da sobre el techo de los claustros laterales divisó la estrecha celda con su ventanilla y su puerta, agazapada bajo un enorme botarel, como un nido bajo una rama, sintióse desfallecer el pobre hombre, y se apoyó contra un pilar por no caer. Imagináse que acaso habría vuelto allí; que sin duda un ángel la había hecho tornar á aquel sitio; que aquel asilo era demasiado pacífico, demasiado sereno y delicioso para que no estuviera en él, y no se atrevía á dar un paso más, temeroso de destruir su ilusión.—Sí, decía hablando consigo mismo, tal vez estará durmiendo ó rezando, no la interrumpamos.—Echó en fin el resto de su valor, adelantóse de puntillas, miró y entró... Vacía! la celda estaba vacía! Dió varias vueltas por ella el desdichado sordo con lentos pasos, levantó la cama y miró debajo, como si pudiera estar escondida debajo entre el colchón y las losas, y luego meneó la cabeza y quedó estúpido. De pronto, pisoteó furioso su tea, y sin decir palabra, sin lanzar un suspiro, se precipitó con toda su fuerza la cabeza contra la pared, y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, echóse sobre la cama, revolcóse en ella, besó con frenesí el sitio, tibio aún, en que había dormido la gitana, y allí quedó inmóvil por

algunos minutos como si fuera á espirar; luego se levantó sudando á mares, jadeando, insensato y empezó á golpear con su cabeza las paredes con la espantosa regularidad del badajo de sus campanas, y la resolución de un hombre que quiere despedazarla. Cayó en fin en tierra por segunda vez rendido, y salió arrastrándose sobre sus rodillas fuera de la celda hasta que se acurrucó enfrente de la puerta, en una actitud de asombro. Permaneció así más de una hora sin hacer ningún movimiento, fijos los ojos en la desierta celda, más sombrío y pensativo que una madre sentada entre una cuna vacía, y un ataúd lleno. No pronunciaba una sola palabra; sólo de vez en cuando, y con largos intervalos, agitaba un sollozo violentamente todo su cuerpo, pero un sollozo sin lágrimas como aquellos relámpagos de verano que no meten ruido.

Es de creer que entonces fué, cuando, discurriendo en el fondo de sus amargas cavilaciones sobre quién podía ser el inesperado raptor de la gitana, pensó por primera vez en el arcediano. Acordóse que sólo don Claudio tenía una llave de la escalera que conducía á la celda; recordó sus tentativas nocturnas contra la Esmeralda, aquella en que él mismo le había ayudado y la segunda que él mismo también dejó frustada. Acordóse de otros mil detalles, y pronto no le quedó duda alguna que el raptor de la gitana era el arcediano; y sin embargo, era tal su respeto al sacerdote, la gratitud, el amor, el delirio hacia aquel hombre, habían echado tan profundas raíces en su corazón, que aun en aquel momento resistían á las punzadas de los celos y de la desesperación.

Pensaba en que el arcediano había hecho aquello, y la cólera de sangre y de muerte que tan infame acción le hubiera inspirado contra cualquier hombre, se convertía en el pobre sordo, tratándose de Claudio Frollo, en aumento de dolor.

En el momento mismo en que sus sospechas se fijaron, como hemos dicho, en el sacerdote, como ya empezaba el alba á blanquear los botareles, vió en el piso superior de Nuestra Señora, en la vuelta que forma la balaustrada exterior que gira en torno de la ábside, una especie de fantasma que andaba. Esta fantasma venía hacia donde estaba él; no tardó en reconocerla; era el arcediano. Andaba don Claudio con paso grave y lento; no miraba delante de sí al andar, y aunque se dirigía hacia la torre septentrional, volvía la cara á un lado, hacia la orilla derecha del Sena, llevando la cabeza erguida como si procurara ver algo por cima de los techos: el buho suele tomar esta actitud oblicua, vuela hacia un punto y mira otro. Así pasó el sacerdote por cima de Quasimodo sin verle.

El sordo, á quien había petrificado aquella repentina aparición, le vió sumergirse bajo la puerta de la escalera de la torre septentrional; el lector sabe que desde aquella torre se ve la Casa de la Ciudad. Quasimodo se puso en pie y siguió al arcediano.

Subió Quasimodo la escalera de la torre por subirla, para saber por qué la subía el sacerdote: por lo demás, el pobre campanero no sabía ni lo que hacía, ni tampoco lo que quería; estaba lleno de furor y de miedo. El arcediano y la gitana se entrechocaban en su corazón.

Luego que llegó á la cima de la torre, antes de salir de la sombra de la escalera y de entrar en la plataforma, examinó con precaución donde estaba el sacerdote: éste le volvía la espalda. Hay una baranda calada que circunda la plataforma del campanario; el sacerdote, cuyos ojos estaban fijos en la ciudad, tenía el pecho apoyado en aquel de los cuatro lados de la baranda que mira hacia el puente de Nuestra Señora.

Quasimodo, llegándose á paso de lobo por detrás de él, fué á ver lo que estaba mirando de aquella manera; y tan absorta estaba en aquello la atención del sacerdote que no oyó andar al sordo junto á él.

Magnífico y delicioso espectáculo es París, y sobre todo el París de entonces, visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, á los frescos albores de una aurora de verano. Sería entonces como hacia el mes de Julio; el cielo estaba perfectamente límpio y sereno; algunas estrellas rezagadas iban desapareciendo en él en diferentes puntos, y una había en extremo brillante allá en el claro oriente del cielo. Estaba saliendo el sol; París empezaba á dar señales de vida. Una luz blanca y y pura destacaba vivamente á la vista todos los planos que sus mil casas presentan hacia el oriente. La gigante sombra de los campanarios se extendía de techo en techo de un confín al otro de la gran ciudad. Ya había barrios que hablaban y que metían bulla; oíase aquí una campanada, allí un martillazo, acullá el complicado chirrido de una carreta andando. Ya desembocaban por una y otra parte sobre aquella superficie de techos algunas mangas de humo como por las fisuras de una inmensa sulfarata. El río que frunce su agua en los ojos de tantos puentes, en la punta de tantas islas, estaba listado de mil pliegues de plata: en torno de la ciudad, por fuera de las murallas, perdíase la vista en un ancho círculo de vapores esponjosos al trasluz de los cuales se distinguían confusamente la línea indefinida de las llanuras, y las graciosas ondulaciones de las colinas. Todo linaje de flotantes rumores se dispersaban sobre aquella ciudad medio despierta; en la dirección de oriente, el aura de la mañana impelía por entre la limpia atmósfera algunas blancas guedejas arrancadas al brumoso vellón de las colinas.

En el atrio, algunas buenas viejas, que llevaban en la mano su jarro de leche, se enseñaban unas á otras el descalabro singular de la gran portada de Nuestra

Señora, y dos arroyos de plomo cuajados entre las rendijas de los estucos: aquello era todo lo que quedaba del tumulto de la noche. La hoguera encendida por Quasimodo entre las torres estaba apagada, y ya Tristán había hecho limpiar la plaza y arrojar los muertos al río. Los reyes como Luis XI siempre tienen cuidado de lavar pronto el suelo después de una carnicería.

Por fuera de la balaustrada de la torre, precisamente debajo del punto en que se hallaba el sacerdote, había una de aquellas canales de piedra fantásticamente esculpidas que erizan todos los edificios góticos; y en una grieta de aquella canal, dos graciosos alelíes en flor, mecidos y como vivificados por el aliento de la brisa, se hacían juguetones saludos. Encima de las torres, á lo alto, muy allá en el fondo del cielo, oíanse blandos trinos de pajarillos.

Pero el sacerdote no escuchaba, no miraba ninguna de aquellas cosas, porque era uno de aquellos hombres para quienes no hay mañanas, no hay pájaros, no hay flores. En aquel inmenso horizonte que tantos aspectos tomaba en torno de él, su contemplación estaba concentrada en un punto solo.

Impaciente estaba Quasimodo por preguntarle qué había hecho de la gitana; pero el arcediano en aquel momento parecía vivir fuera de este mundo; hallábase visiblemente en uno de aquellos terribles instantes en que no lo sentiría el hombre si la tierra estallara. Fijos invariablemente los ojos en cierto punto, permanecía inmóvil y silencioso; y aquel silencio, y aquella inmovilidad tenía un no sé qué tan formidable y solemne, que el tétrico campanero temblaba y no se atrevía á interrumpirlos; sólo se atrevió, lo que era hasta cierto punto interrogar al arcediano, á seguir la dirección de su rayo visual, y de este modo

cayó la mirada del desdichado sordo sobre la plaza de Gréve.

Vió entonces lo que estaba mirando el sacerdote. Estaba la escala arrimada al patíbulo permanente; había en la plaza bastante concurrencia de pueblo y muchos soldados; un hombre arrastraba sodre las piedras una cosa blanca, de que iba enganchada una cosa negra. Paróse aquel hombre al pie del cadalso, y entonces pasó algo que no pudo Quasimodo distinguir bien, y no porque su ojo único no conservara toda su perspicacia, sino porque un grupo de soldados impedía que se viese todo. Además, en aquel mismo momento salió el sol, y rebosó por cima del horizonte un mar de luz tan viva que no parecía sino que en todas las puntas de París, agujas, chimeneas, picos de las fachadas se pegaba fuego á la vez.

El hombre entre tanto empezó á subir la escalera, y entonces le vió muy bien Quasimodo. Llevaba sobre el hombro una mujer, una niña vestida de blanco; aquella mujer tenía una cuerda en el cuello. Quasimodo la reconoció... era ella!

Llegó el hombre á lo alto de la escalera de mano, y arregló el nudo corredizo. Entonces el sacerdote, para ver mejor, se puso de rodillas sobre la balaustrada.

Dió el hombre de pronto un empellón con el pie á la escalera del patíbulo, y Quasimodo, que no respiraba hacía ya algunos momentos, vió mecerse en la punta de la cuerda á cuatro varas sobre el nivel del suelo, la pobre niña bajo el hombre agazapado encima de ella con los pies sobre sus hombros. Giró muchas veces la cuerda sobre sí misma, y vió Quasimodo correr horribles convulsiones á lo largo del cuerpo de la gitana. El sacerdote, por su parte, el cuello estirado, los ojos fuera de sus órbitas, contemplaba aquel horrible grupo del hombre y de la mujer, de la araña y de la mosca.

En el momento más espantoso, una carcajada infernal, una carcajada en que no puede prorrumpir sino el que ya no es hombre, estalló en el semblante lívido del sacerdote. Quasimodo no oyó aquella carcajada; pero la vió, y entonces retrocedió algunos pasos detrás del arcediano y de pronto, precipitándose sobre él con furor, arrojóle por la espalda con sus robustas manos sobre el abismo á que estaba asomado el arcediano.

—Condenación!—gritó don Claudio y cayó.

El canelón sobre que se hallaba, le detuvo en su caída. Asióse á él con manos desesperadas, y en el momento en que abría la boca para lanzar otro grito, vió pasar sobre el realce de la balaustrada, encima de su cabeza, la formidable figura de Quasimodo. Entonces calló.

Estaba el abismo debajo de él; una caída de más de doscientos pies y el suelo. En aquella horrible situación, no dijo el arcediano una palabra, no exhaló un gemido; sólo se engarabitó en el canelón haciendo inauditos esfuerzos para trepar hasta él; pero sus manos no tenían a qué agarrarse en el granito, sus pies raspaban la ennegrecida pared sin morder en ella. Los que han subido á las torres de Nuestra Señora saben que hay una media caña interior en la piedra inmediatamente debajo de la balaustrada, y juntamente sobre aquel ángulo entrante se deshacía en esfuerzos inútiles el miserable arcediano. No tenía que luchar contra una pared perpendicular, sino contra una pared que huía bajo sus pies.

Hubiérale bastado á Quasimodo, para sacarle de aquel abismo, alargarle una mano, pero ni siquiera le miraba. Miraba la Gréve, miraba el patíbulo, miraba á la gitana: habíase el sordo apoyado de codos sobre la baranda en el sitio que ocupaba un momento antes el arcediano, y allí, sin separar un punto su mirada

del único objeto que existía en todo el mundo para él en aquel momento, estaba inmóvil y mudo como un hombre herido del rayo, y un largo arroyo de llanto caía en silencio de aquel ojo que no había derramado hasta entonces más que una lágrima.

En tanto jadeaba el mísero arcediano, brotaba el sudor de su calva frente, sus uñas teñían de sangre la piedra, sus rodillas se rozaban en carne viva sobre la pared. Oía á su sotana, enganchada en el canelón, crujir y descoserse á cada nueva sacudida que la daba. Para colmo de desgracia, terminábase aquella canal en un cañón de plomo que se inclinaba bajo el peso de su cuerpo; sentía el arcediano que iba doblándose lentamente aquel cañón. Pensaba para su martirio el miserable que cuando el cansancio agotase la fuerza de sus manos, cuando se desgarrase su sotana, cuando se doblase enteramente aquel plomo, tendría que caer y entonces el espanto le atarazaba las entrañas. Miraba á veces con ojos desencajados una especie de trecho plano formado, como hasta diez pies más abajo por los accidentes de la escultura, y pedía al cielo en el fondo de su alma desolada que le hiciese acabar su vida en aquel espacio de dos pies cuadrados, aun cuando debiera durar cien años. Una vez miró debajo de él la plaza, el abismo; la cabeza que levantó cerraba los ojos y tenía los cabellos tiesos.

Era cosa horrible el silencio de aquellos dos hombres: mientras el arcediano, á algunos pies de distancia agonizaba de aquel modo tan espantoso, Quasimodo lloraba y miraba á la Gréve.

El arcediano, viendo que todos sus arranques no hacían más que conmover el frágil punto de apoyo que le quedaba, tomó el partido de quedar inmóvil. Allí estaba abrazado á la canal, respirando apenas, sin menearse en lo más mínimo, sin más movimiento que aquella convulsión maquinal del vientre que sentimos

soñando cuando creemos estar cayendo en un precipicio. Sus ojos mates estaban abiertos de un modo enfermizo y atónito, y entre tanto iba poco á poco perdiendo terreno: sus dedos se escurrían sobre la canal, y cada vez sentía más y más la flaqueza de sus brazos y el peso de su cuerpo. La curvatura del plomo que le sostenía se inclinaba por momentos hacia el abismo. Veía debajo de él, cosa horrible, el techo de san Juan-le-Rond pequeño como un naipe doblado por la mitad: miraba unas tras otras las impasibles esculturas de la torre, como suspendidas sobre el precipicio; pero sin terror por ellas ni compasión para él. Todo era de piedra en torno de su cuerpo; delante de sus ojos los monstruos inmóviles; debajo, allá en el fondo, en la plaza, las piedras; encima de su cabeza, Quasimodo que lloraba.

Había en el atrio algunos graves curiosos que procuraban con notable cachaza adivinar quién podía ser el loco que se divertía de una manera tan particular; oíales decir el sacerdote, porque su voz llegaba hasta él clara y aguda:—Va á romperse la crisma!

Quasimodo lloraba.

Comprendió en fin el arcediano, echando espumarajos de rabia y de terror, que todo era inútil. Sin embargo, echó el resto de su vigor para arriesgarlo todo en un último esfuerzo. Colgóse en vilo al canelón, rechazó la pared con ambas rodillas, enclavijó sus manos en una rendija de la piedra, y acaso hubiera logrado trepar hasta arriba con un pie; pero aquella emoción doblegó bruscamente el pico de plomo sobre que se apoyaba; el mismo empuje desgarró de arriba abajo la sotana. Entonces, sintiéndose casi en el aire, sin más apoyo que sus manos crispadas y ya sin fuerzas, asidas á alguna cosa, cerró el infeliz los ojos y soltó la canal. Cayó.

Quasimodo le miró caer.

—¡Maldición!—gritó el arcediano, y cayó...

Una caída desde tanta elevación rara vez es perpendicular; el arcediano lanzado en el espacio, cayó al principio cabeza abajo y las manos extendidas, y luego dió muchas vueltas sobre sí mismo; el viento le impelió hacia el techo de una casa, donde el infeliz empezó á hacerse pedazos: no había muerto aún sin embargo, cuando llegó á él. Vióle el campanero procurar todavía asirse con las uñas á la parte superior de la fachada; pero el plano estaba demasiado inclinado, y el miserable no tenía ya fuerzas; deslizóse rápidamente sobre el techo como una teja que se desprende, y cayó botando en el suelo. Allí no hizo ya ningún movimiento.

Alzó entonces Quasimodo su ojo único sobre la gitana, cuyo cuerpo suspendido de la cuerda veía palpitar á lo lejos bajo su blanca falda, con los últimos estremecimientos de la agonía; luego fijó su mirada en el arcediano, tendido al pie de la torre, ya sin forma humana, y dijo con un sollozo que levantó la tabla de su profundo pecho:—Oh! todo cuanto he amado!...

III

Casamiento de Febo

A la caída de aquella misma tarde, cuando los oficiales de la justicia del obispo fueron á recoger sobre las piedras del atrio el dislocado cadáver del arcediano Quasimodo había desaparecido.

Muchos y varios rumores corrieron sobre esta aventura, pero fué el más generalmente acreditado el de que ya había llegado el día en que, conforme á su pacto, Quasimodo, es decir, el diablo, debía llevarse á Claudio Frollo, es decir, el brujo. Sospechóse que ha-

bía roto el cuerpo para sacar el alma, como rompen los monos la nuez para comérsela.

Por eso no fué el arcediano sepultado en tierra santa.

Luis XI murió el año siguiente en Agosto de 1483.

Por lo que hace á Pedro Gringoire, logró salvar á la cabra, y obtuvo algunos laureles en el género trágico. Parece que después de haber probado sucesivamente la astrología, la filosofía, la arquitectura, la hermética, todas las locuras, echóse á cierra ojos en la tragedia, que es la más loca de todas; esto es lo que él llamaba *haber tenido un fin trágico*. He aquí lo que con respecto á sus triunfos dramáticos se lee desde 1483 en las cuentas llamadas del Ordinario:—«A Juan Marchand y Pedro Gringoire, carpintero y compositor, »que han hecho y compuesto el misterio representado »en el Chatelet de París, con motivo de la entrada del »señor legado, dispuestos los personajes, y á éstos re»vestido y ataviado cual el susodicho misterio reque»ría, y juntamente ha dispuesto los tablados que para »ello eran necesarios, por todo lo cual, cien libras.»

También Febo de Chateaupers tuvo un fin trágico, se casó.

IV

Casamiento de Quasimodo

Acabamos de decir que Quasimodo había desaparecido de Nuestra Señora el día mismo en que murieron la gitana y el arcediano; y en efecto, nunca más se volvió á ver, ni aun se supo qué había sido del infeliz campanero.

En la noche que siguió al suplicio de la Esmeralda, los criados y carpinteros del verdugo quitaron su cuerpo del cadalso y lo llevaron, según costumbre, al foso de Montfauçon.

Era Montauçon, como dice Sauval, «el más antiguo y el más soberbio patíbulo del reino.» Entre los arrabales del Templo y de San Martín, como hasta ciento sesenta toesas de los muros de París, á algunos tiros de ballesta de la Courtille, veíase en la cumbre de una eminencia suave, insensible, bastante elevada para ser vista á algunas leguas á la redonda, un edificio de forma extraña, que se parecía bastante á un cromlec celta, y donde se hacían también sacrificios humanos.

Imagínese el lector en la cima de un terromontero de yeso, un ancho paralelepípedo de mazonería, de quince pies de alto, de treinta de ancho, de cuarenta de largo, con una puerta, una rampa exterior y una plataforma; sobre esta planicie, dieciséis enormes pilares de piedra en bruto, derechos, de treinta pies de altura, dispuestos en forma de columnata alrededor de los cuatro lados de la mole que los sostiene, enlazados entre sí en su cima por fuertes vigas de que penden numerosas cadenas de trecho en trecho: en todas estas cadenas, esqueletos humanos; en las cercanías, en la llanura, una cruz de piedra y dos patíbulos de segundo orden alrededor del cadalso central; encima de todo esto, en el cielo, un perpetuo vuelo de cuervos: tal era Montfauçon.

A fines del siglo XV estaba ya muy decrépito el formidable patíbulo que databa del año 1328; las vigas estaban carcomidas, las cadenas, tomadas de orín, los pilares verdes de moho y empodrecidos, las hiladas de las piedras de construcción estaban todas rajadas en sus junturas, y ya cubierta de hierba aquella plataforma á que no tocaban los pies. Horrible se destacaba sobre el cielo el perfil de aquel monumento, de noche sobre todo, cuando había un poco de luna sobre aquellos cráneos blancos, ó cuando la brisa de la tarde

rozaba cadenas y esqueletos, y movía todo aquello en la sombra. Bastaba aquel patíbulo para convertir en siniestros lugares á todas las cercanías.

La mole de piedra que servía de base á aquel odioso edificio estaba hueca. Había dentro de ella un ancho foso cerrado por una mohosa reja de hierro toda rajada, adonde echaban, no sólo los despojos humanos que se desprendían de las cadenas de Monfauçon, más también los cuerpos de todos los infelices ajusticiados en los patíbulos permanentes de París. En aquel profundo osario, donde tanto polvo humano y tantos crímenes se han podrido juntos, muchos grandes de la tierra, muchos inocentes también han ido sucesivamente á llevar allí sus huesos, desde Enguerrando de Marigni, que estrenó su obra de Montfauçon, y que era un justo, hasta el almirante de Coliguí, que fué su huésped y que era también un justo.

En cuanto á la misteriosa desaparición de Quasimodo, hé aquí todo lo que hemos podido descubrir.

Como hasta año y medio ó dos años después de los sucesos que terminan esta historia, cuando se fué á buscar en el foso de Montfauçon el cadáver de Oliveros el Gamo, que había sido ahorcado dos días antes, y á quien concedía Carlos VIII la merced de ser enterrado en San Lorenzo, entre más selecta sociedad, halláronse entre aquellas inmundas osamentas dos esqueletos, uno de los cuales tenía asido al otro entre sus brazos con singular fortaleza. Uno de aquellos dos esqueletos, que era de mujer, tenía aún á guisa de vestimenta algunos harapos de un lienzo que había sido blanco, veíase alrededor de su cuello un collar de cuentas de sándalo con un pequeño escapulario de seda recamado de avalorios verdes, que estaba abierto y vacío: aquellos objetos tenían tan poco valor que sin duda el verdugo no había querido apropiárselos. El otro que tenía á este fuertemente abrazado, era un

esqueleto de hombre; observóse que tenía la columna vertebral torcida, la cabeza entre los omoplatos, y una pierna más corta que la otra; pero no tenía ninguna fractura en las vértebras de la nuca, y era evidente que no había muerto ahorcado. El hombre á quien había pertenecido, habíase dejado morir en aquel sitio. Cuando quisieron separarle del esqueleto á que estaba abrazado, cayó hecho polvo.

FIN